

EL ANAQUEL DE LAS ÁNIMAS

Gibeth Zerpa



© El Anaquel de las Ánimas
Sello: Voz
Primera edición: Junio 2019

Gibeth Zepa
Edición General: Martín Muñoz Kaiser
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: Chris Fattori
Corrección de textos: Hugo Riquelme Becerra



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6021-31-5
Registro de Propiedad Intelectual N°: A-265023

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

A mis hijas
Angi y Oriana
Por recordarme vivir mis sueños

Rechazar las comunicaciones de ultratumba implica rechazar el medio más poderoso de instrucción, que resulta de la iniciación en el conocimiento de la vida.

Allan Kardec

I

Designio

Se despertaron de súbito. Unos pasos se escucharon claros y fuertes, recorriendo la casa. Santiago no era una niña común y su abuela Graciela lo sabía. La comunicación con espíritus y videncia del futuro de su nieta eran claras, había heredado el don de las mujeres de la familia. La abuela trató de disimular por algún tiempo.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¿Sentiste? —exclamó la pequeña en susurros, buscando el apoyo de aquella mujer que tenía explicaciones para casi todo.

Hicieron una pausa corta, donde incluso el sonido de la respiración estorbaba. De nuevo escucharon los pasos incansables y lentos. Graciela, la abuela, sabía que esa visita espectral pertenecía a un ser que acababa de fallecer. Los pasos venían del otro mundo, el mundo de las ánimas. Encendió la lamparita de noche junto a su cama y le susurró a la niña:

—Es Irma, viene a recoger sus pasos.

Volvió por algunos segundos el silencio y calladas, pero expectantes, se mantuvieron atentas. Dos pasos más se sintieron y casi se podría decir que Irma estaba ahí, del otro lado de la puerta, esperando a que salieran de la habitación.

—Quizás solo quiere despedirse, abuela. Podríamos invitarla a pasar —susurró Santiago.

Escucharon un manajo de llaves que se alejaba. Fue como si un relámpago golpeará el corazón de la pequeña, que estaba con la oreja pegada a la madera de la puerta, extrañamente fría en aquella noche tan cálida. Santiago corrió hasta la cama de su abuela.

—¡No tengas miedo! A los muertos no se les tiene miedo. Ellos vendrán siempre hacia ti. Mañana iremos a preguntar por Irma y verás que murió a esta misma hora. Tenías razón, tan solo vino a despedirse. Vuelve a dormir, yo me quedaré rezando por su alma.

Los pies helados no la ayudaban a conciliar el sueño perdido, agradecía poder compartir la misma habitación con su amada abuela, a la que también llamaba mamá en algunas ocasiones. Ya acostada en la pequeña cama pudo tranquilizarse observándola por largos minutos, recostada con esa tenue luz de la lamparita de noche, que espantaba el temor de la silenciosa oscuridad, hasta que al fin pudo cerrar sus ojos.

La habitación era amplia. Las camas no estaban paralelas, sino más bien, formaban una L quedando la de la niña bajo la ventana, lo cual le entregaba una vista privilegiada en las noches de luna llena. Las sábanas siempre tenían diseños fantásticos, en especial las blancas, con dibujos hermosos de serpientes violetas.

La imagen de Irma perturbaba a la niña, en particular por aquella vez en que fue a dejarle un dulce que había hecho su abuela, llamado “cabellos de ángel”. Su aspecto se asemejaba más a unos gusanos transparentes en una solución viscosa que a lo que se espera de un dulce tradicional, en verdad Santiago se alegraba de poder deshacerse rápido de aquel mejunje que le causaba náuseas.

“¡Pobre mujer!” Decía la abuela refiriéndose a Irma, “siempre tan sola y triste, vive encerrada en esa casa”. Así repetía Graciela cada vez que la recordaba; en verdad se compadecía de ella y procuraba darle un poco de atención y cariño cuando podía. Irma tenía algún tipo de desequilibrio mental, pero era cariñosa. Vivía con su hijo, quién nunca hablaba con nadie, y una mascota, un Loro Real, todo verde con copete vistoso y amarillo. Igual

que el que Santiago recibiera de su abuelo en su séptimo cumpleaños. Cuando se lo trajeron, en una pequeña caja de zapatos, era como un ser de una película de terror: rosado, sin plumas, una cabeza desproporcionada para el tamaño de su cuerpo, que apenas podía sostener sobre el delgado cuello. Al crecer se convirtió en un loro hermoso y gritón. Reía a carcajadas y lloraba como niño pequeño. Decía más de quince palabras seguidas, “Paco” le devolvía a Santiago el cariño que a diario ella le daba con arrullos y besitos.

En cambio, el loro de la señora Irma, solo pegaba chillidos agudos de auxilio. Su aspecto era deplorable, le faltaban algunas plumas y tosía expresando quizás, la desesperación del encierro y la falta de cuidados.

Santiago cerró los ojos, tomó aire sosteniendo firme el postre y a la cuenta de tres, tocó fuerte y como pudo, a través de la reja que apenas dejaba mover la mano. La pintura verde ya desteñida de la puerta, dejaba ver sobre la madera las marcas de golpes antiguos, hechos quizás con la punta de alguna llave.

Se abrió la puerta.

—¡Señora Irma! Aquí le manda mi abuelita —dijo Santiago dando un salto, olvidando decir: ¡Buenos días señora Irma. ¿Cómo está? Tal cual había practicado ante el espejo, tratando de dominar su leve pero notoria tartamudez.

—Pasa —dijo Irma inexpresiva.

Su olor era igual al de su casa, a humedad, a encierro. Hacía falta abrir las ventanas y que el sol entrara hasta el último de los rincones. Tan solo una luz débil, al fondo de la sala, alumbraba con timidez las sombras. La pequeña pasó con desconfianza. Al ver que Irma cerraba con llave cada una de las cerraduras de la reja y de la puerta, comenzó a respirar agitada. Eran tantas para una sola puerta. Tantas llaves y tantas veces que repetía la misma acción, abriéndolas y cerrándolas rápido, como asegurándose de que lo que acababa de hacer fuera real. Santiago no podía dejar de mirarla, con los ojos muy abiertos, esperando que se detuviera en algún momento. Al final

de infinitos minutos Irma guardó sus muy preciadas llaves, todas juntas en un alfiler de gancho, sujetándolo en la parte interior de su raída bata de dormir. Las manos de la mujer temblaban, sus uñas eran larguísimas, siempre pintadas de un color ladrillo gastado. Recibió el envase plástico.

—Cabellos de ángel.

Pero... ¿Cómo podía haber sabido lo que guardaba en el interior si aún no lo había abierto? El envase plástico de color azul oscuro no dejaba salir nada de su interior. Eso y sus uñas, sus ojos, todo la delataba. Santiago estaba a punto de terminar una conclusión en su mente.

—¡Siéntate! —ordenó Irma, con frialdad, alzando la voz.

Santiago se sentó. De pronto el loro gritaba. Luego cantó. Era una canción horrorosa y triste que terminaba en llanto, cosa que la niña nunca le había escuchado hacer. Al cabo de un rato reía como poseído, advirtiendo el peligro, colgado de las cortinas rotas que acostumbraba a rasgar con las largas garras. Fue entonces cuando esa mujer alta y grande que había permanecido inmóvil, sentada en una silla comenzó a reír de forma nerviosa.

El tiempo pasaba en cámara lenta para Santiago.

Después de algunos segundos Irma cortó la risa. Con la misma voz fría y seca de antes le dijo:

—¿Estas asustada? —y sin esperar respuesta continuó—. ¡No te puedes mover de aquí! —exclamó apuntándola con su largo dedo índice—. ¡Estas puertas no pueden abrirse más por hoy!

Mirándola fijo, Irma observó sin inmutarse cómo Santiago se subía al sofá desesperada y llena de espanto, tratando de alcanzar la ventana que, a través de sus vidrios sucios, poco dejaban divisar el exterior. Gritó todo lo que pudo pidiendo ayuda mientras el loro le gritaba y se le acercaba trepando por la cortina, amenazante, lanzando picotazos.

—¡Ayúdenme, no me deja salir! Ayuda, ayuda.

Las ventanas no abrían, una reja las protegía. Aun así, siguió gritando hasta que, Irma la reconvino, subiendo el

tono de voz. Santiago no pudo más que callar y voltear a verla. Entonces la niña pudo observar cómo la cara de la anciana se transformaba en la de un verdadero espanto. La bruja volvió a hablar:

—El camino para conseguir las llaves es difícil, pero tú estás marcada —Santiago cayó sentada en el sofá, escuchándola atenta, como hipnotizada. Irma continuó —¡No estás aprendiendo nada, todo lo que ves es real, sé fuerte y no temas, lo que estará en tu contra será la locura y los hijos! ¡Pero podrás contar tu historia y todos querrán escucharla!

Luego de estas palabras, la mujer poco a poco se fue calmando, como si lo que había pasado no tuviera otro fin que el de comunicar ese mensaje. Santiago sentía que en cualquier momento podía desmayarse, sudaba y tenía miedo. Aquel lugar y esas palabras darían vuelta en su cabeza por el resto de su vida.

Afuera se escuchaban las voces de su abuela y las de algunos vecinos, que trataban de convencer a Irma de abrir. Santiago no supo cuánto tiempo pasó. Se arrinconó sobre el sofá observando con lástima al pobre loro mudo, que ya calmado, se veía tan indefenso, hasta que llegó el hijo. Irma abrió las puertas en calma y sin decir palabra volvía a ser la señora amable de siempre.

Corrió despavorida entre la gente hacia su casa, sin siquiera contestar al saludo o a las preguntas de su abuela. Mucho menos a los otros tantos ojos de los curiosos vecinos. Justo antes de entrar, una mujer joven, muy blanca, le sonrió con dulzura, ofreciéndole un hermoso y antiguo espejo de mano. Santiago lo tomó sin pensar, sin preguntarse quién era la mujer, tan solo confió en aquella bella sonrisa que, bien venía a convertirse en un alivio después de tan surrealista evento.

No supo cuando la venció el sueño, ni cuánto tiempo durmió hasta que despertó muy abrigada, con algo de fiebre. Buscó asustada el espejo, con miedo de que no fuera real. Lo encontró bajo la almohada. Ahora notaba lo delicado y ligero que era, como si no fuese de este mundo. Lo guardó en una caja de madera labrada, digna de la

belleza etérea del espejo, y lo puso junto a su caja musical preferida, a la que dio cuerda tratando de acallar las palabras de Irma en su cabeza.

Quería evocar el rostro dulce de la mujer que le había obsequiado el espejo. La imagen que llegó como un bálsamo para aliviar su angustia. Aunque creía haberla visto alguna vez, no quería afirmar en su mente de quién podría tratarse y el porqué del regalo.

Recordando a Irma, Santiago, a pesar del miedo se durmió. Al día siguiente su abuela la despertó temprano.

—Levántate Santiago, tenemos que alistarnos para ir a los funerales de la señora Irma. Como te dije, anoche solo vino a recoger sus pasos.

Santiago aún entre dormida y despierta, cavilaba bajo la ducha recordando las palabras de la difunta. Se hacían ahora más pesadas y reales, como si tomaran valor después de la muerte o fueran solo entonces tomadas en cuenta. Santiago pensó en voz alta:

—El espíritu también toma más fuerza al momento de la muerte, tanto como para poder recoger sus pasos.

—Los muertos son seres invisibles, no ausentes—respondió la abuela ayudándola a secarse el cabello—. Somos realmente seres espirituales viviendo una experiencia carnal, y la carne se descompone rápido.

Santiago le sonrió. Quería aprender de su abuela, pero nunca le comentó las palabras de Irma. Tenía miedo de que se hicieran realidad algún día, como si un mágico evento de pronunciación verbal decretara que de verdad tenían el poder de marcar su vida. Tan solo quería olvidarlas, pero no podría. Por eso, en los funerales de Irma no se acercó al ataúd, ni comió galletitas, ni tomó chocolate caliente. Las recompensas maravillosas que recogía acompañando a su abuela a cuanto funeral se presentaba. Se mantuvo lejana y atenta, esperando ver a Irma, observándola escondida entre las sombras de algún rincón, desde donde la apuntaría con su largo dedo índice, marcando un designio inevitable.

Al día siguiente jugaba como cualquier niña, probándose cintas en el cabello ya cepillado. Buscó su espejo en la caja de madera. Al ver su reflejo creyó ver detrás de ella a la mujer blanca, sonriéndole. No tuvo miedo. Sintió que no estaba sola, alguien había llegado para ayudarle.

II

La Ceiba Madre

El olor a sahumero empapaba las paredes. Atraía un sueño pesado y sudoroso. En la noche cálida, después de haber llegado del cementerio en donde pasaron la tarde, Graciela intentaba apartar las visiones de su nieta. En cada ocasión, la abuela de Santiago se esmeraba por dejar la tumba de su hija llena de flores frescas. Un viejo cuidador le traía el agua y el aceite para encender las velas dentro de la pequeña capilla ardiente sobre la tumba, donde guardada por cristales de colores, apenas cabía un velón blanco, un vaso de agua y una o dos lámparas de aceite.

Su nombre brillaba bajo la luz del sol, que se colaba entre las hojas del frondoso árbol que había crecido inmenso entre medio de los difuntos vecinos. La abuela pasaba un pañito blanco por las letras doradas, recorriéndolas con cuidado y en voz baja, lentamente acariciaba su nombre: Iraima del Carmen Zerpa Guerra.

—¡Hola hija, aquí estoy contigo! —avisaba su llegada mientras comenzaba a rezar, hasta que su nieta se alejaba silenciosa a jugar entre las tumbas, buscándola desde lejos con la vista de vez en cuando para no alejarse tanto.

Era triste ver a su abuela así, secándose las lágrimas, vestida por completo de negro, un pañuelo en la cabeza, agachada y cabizbaja, absorta en su propio dolor, al extremo de no tomar las horas en cuenta.

Santiago evadía el ánimo de su abuela saludando con cortesía a los vecinos de su tía difunta. Hasta les repararía las flores que sobraban en las tumbas nuevas. Aque-

llos pobrecitos que nadie visitaba, contaban solo con ella para no sentirse olvidados. Luego observaba desde lejos su obra y se sentía satisfecha. Se notaba la riqueza y la pobreza en cada tumba, pero sabía que guardaban todas lo mismo: cuerpos sin vida. Creía que cuando se les visitaba, solo entonces, algunos espíritus venían a ver quién se acordaba de ellos.

Había tumbas donde no se habían dejado apócrifos, solo un nombre y dos fechas, la de nacimiento y la de muerte, escritas sobre una baldosa de cemento por un dedo apurado cuando aún estaba fresco. Aquellas estaban cubiertas un poco por la maleza, que avanzaba ofreciéndoles un manto suave y acogedor. En el cementerio se respiraba un aire de abandono, y ella, compadecida por la soledad, se las ingeniaba para llevar algunos cartones en su bolso de mezclilla. En ellos escribía con un plumón negro hermosas citas inventadas, en las que supuestas viudas, viudos o hijos sufrientes, lloraban a su amado difunto, augurando reencontrarse con ellos en el “Paraíso Prometido”.

*“Oh muerte, muerte, tú que te has llevado a mi amor,
Cuidale y no dejes que me olvide
Así como yo nunca lo olvidaré
Prometo serle fiel hasta que muera”
Su viuda desconocida a:
Pedro Acuña J.
12-04-1.923 + 11-01-1.970*

En otras ocasiones estudió y hasta hizo tareas escolares sentada sobre una tumba en particular, que le atraía de manera misteriosa, en especial porque tenía dos esculturas que acompañaban el aposento santo: un cuervo y un gato; además de los vidrios de la pequeña capilla ardiente, coloridos, con figuras de espadas, todo resaltado sobre un hermoso mármol negro con elaboradas cadenas doradas que invitaban a abrir el sepulcro. Era frío como la muerte, pero fresco y reconfortante en aquellas calurosas tardes.

Acostada allí veía el enorme árbol. “La Ceiba Madre” le gustaba llamarlo y verlo mover sus grandes brazos, como queriendo abrazarla. El viento a través de sus hojas hacía sonidos espeluznantes, que sonaban como gritos lejanos y dejaban ver en él una gran boca en su zona más oscura. Todavía acostada miraba hacia atrás de su cabeza y desde arriba, el gato y el cuervo la observaban. Ella les buscaba los ojos, pero sus siluetas negras los escondían. Lo que Santiago desconocía, era que según la costumbre de la religión afrocubana, la ceiba es el árbol sagrado de Cuba. Se dice que ni las tormentas más fieras logran desgajarlos, ni los rayos fulminarlos, como si hasta los elementos desencadenados y fenómenos naturales le temieran. Y es que este árbol de hasta cinco u ocho metros de altura, acoge a un Ocha (Orisha llamada Iroko de la religión Lucumí, procedente de la religión conocida en Cuba y en otros países del Caribe como Santería, de procedencia Yoruba, Un sincretismo de religión africana y católica). Esta Ocha vive en lo alto de la Ceiba. Solo algunos pueden decir su nombre en voz alta. Poderoso y caprichoso recorre el camino de otra de las muchas deidades cubanas llamada Obatalá. Iroko tiene el poder de impulsar tanto a los buenos como a los malos caminos en todos los seres, iniciándolos en un peregrinaje espiritual del que no pueden librarse.

Santiago seguía concentrada en las esculturas, cuando de pronto, un escalofrío recorrió su espalda. Sin moverse cerró los ojos, tratando de entender la voz que continuaba gritando desde lejos. Creía que podía ser el viento, que seguía recorriendo las ramas altas del árbol. De a poco, vino a convertirse en una voz suave que sonaba cerca y distante al mismo tiempo, acallando el grito angustioso que no se escuchó más. Trató de llevarse las manos a los oídos suponiendo que estaban tapados.

—No, no tienes nada en tus oídos —escuchó, incorporándose rápido para ver de dónde venía la voz. Observó a una mujer pequeña y frágil de piel negra y avanzada edad, vestida muy elegante, toda de blanco. Cubría su

cabeza con una sombrilla bordada, la que no permitía distinguirle el rostro—. ¿Por qué descansas aquí? Este no es lugar para niñas —dijo la anciana.

—Mi abuela... —contestó señalando a Graciela a lo lejos, que lloraba disimulada.

—¡Ah claro! Su dolor es muy grande, pero sin quererlo te ha traído hasta este momento —con un gesto de complacencia continuó diciendo—. A veces lo peor que te puede pasar es lo mejor que te puede suceder.

—¿Y usted? —preguntó curiosa Santiago—. ¿Qué hace aquí? ¿Viene a ver a un muerto? Perdón —un poco apenada por la falta de respeto se corrigió—. ¿A un difunto?

—Yo vivo aquí —dijo la mujer, señalando con un pequeño golpe de su sombrilla derrepente cerrada, la tumba en la que ambas estaban sentadas. Sus pómulos sobresalientes denotaban su delgadez. Su piel verdosa, dejaba ver sus años sin vida. Sus ojos hundidos en un mar oscuro no dejaban ver sus pupilas. Santiago se estremeció, sin dudar por un segundo que aquello que escuchaba y veía era cierto. Se congeló toda su espalda al saberse ante una realidad impenetrable para muchos. Pero no tuvo miedo. La anciana continuó—. Son pocas las personas que pueden ver con sus ojos a través de los límites entre la vida carnal y la vida espiritual, así que, puedes tomar el camino bueno o el camino malo para seguir desarrollando tu regalo. Aquí debajo de esta ceiba podrás conocer tu naturaleza verdadera. Iroko desde lo más alto de sus ramas te impulsará inequívocamente hacia tu camino, sea cual sea este.

—¿Puedo elegir?

—Pero no puedes negar lo que eres. Si te niegas, tan solo te perderás y te retrasarás inútilmente. Todos estamos determinados por el hecho de que hemos nacido humanos y debemos elegir constantemente los bienes con los fines. ¿Acaso una bruja y médium como tú va a esperar que alguien la salve?... Debes aprender desde hoy que las elecciones erróneas son las que nos hacen incapaces de salvarnos a nosotros mismos.